

# JORGE SEMPRÚN, LAS «HUELLAS» DE UN RETORNO INTERMITENTE

Felipe Nieto  
CIHDE-UNED

Si cada exilio es de un tipo, cada exiliado es un caso y cada retorno un problema singular, en Jorge Semprún estas tres circunstancias se dan de modo muy nítido y diferenciado, lo que no obsta, claro está, para que su caso sea uno más de los muchos que constituyen la gran tragedia del exilio español de 1936-1939, una de las mayores sangrías habidas en la historia española, de consecuencias, en muchos casos como este, irreversibles.

En las páginas que siguen vamos a centrar la atención en el «retorno» del exiliado Semprún, incluido en el programa *Retornos* de la Cátedra del Exilio que hemos venimos celebrando a lo largo de este curso 2013-2014.<sup>1</sup> En relación con Semprún sería más pertinente hablar de «retornos», pues fueron varias y diferentes las ocasiones en que regresó a España, eso sí, nunca de modo definitivo. Con el estudio de estos rasgos diferenciadores seguiremos a lo largo de estas páginas las huellas de un retorno incompleto. Trataremos de analizar cada una de las distintas «estancias» de Semprún en España, con especial atención a su presencia, siempre intermitente, a partir del fin de la dictadura franquista.

## El abandono de España y la instalación en el exilio

Jorge Semprún sale de España con su familia, desde Bilbao, en septiembre de 1936, salida temprana forzada por el cerco a que sometían las tropas sublevadas a la pequeña villa marine-

ra vasca donde los Semprún pasaban las vacaciones veraniegas. No se trataba de una huida. El propósito era ganar tiempo, restablecer los contactos perdidos con las autoridades republicanas y volver a Madrid por zona segura. Pero la propuesta del ministro de Estado a José M.<sup>a</sup> Semprún y Gurrea de representar a España en los Países Bajos como Encargado de Negocios frustró la idea inicial y, con ello, el retorno a España.<sup>2</sup> Para muchos de los miembros de la familia Semprún este no se produciría jamás. En febrero de 1939, con la derrota de la República a punto de consumarse y con el reconocimiento diplomático del gobierno franquista por los gobiernos europeos, entre ellos el holandés, la familia Semprún abandona La Haya y se instala en París. Es su ingreso oficial en el exilio, la suerte que por esos mismos meses están sufriendo cientos de miles de republicanos españoles.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial por la derrota incondicional del fascismo, se produce el retorno de los prisioneros republicanos resistentes, liberados de los campos de deportación nazis –entre ellos Semprún, procedente de Buchenwald, donde había pasado un año y medio. Los españoles, exiliados de 1939, fueron tomando conciencia lentamente, por la fuerza de los hechos, de que la derrota del fascismo en Europa, a la que con tanto sacrificio ellos habían contribuido,<sup>3</sup> no significaba que las puertas de su país se iban a abrir para acoger su regreso, a diferencia de la acogida que estaban recibiendo

sus camaradas antifascistas en su respectivos países.

Los exiliados españoles, los emigrados, como todavía se decía en la prensa comunista, deben empezar a hacerse cargo de su nueva condición, la de expatriados forzosos por tiempo indeterminado, cada cual con sus propias armas materiales y políticas.

Por su condición de joven intelectual, aspirante a escritor, Semprún comienza a colaborar en las nuevas plataformas culturales que ponen en marcha los intelectuales comunistas y sus allegados. En una ocasión, Semprún presenta algunas reflexiones interesantes sobre el exilio, sobre su propio exilio. Un diálogo planteado en la revista *Independencia*, editada en París, dirigida por el poeta y militante comunista José María Quiroga Pla, brinda la oportunidad a Jorge Semprún de dar a conocer cómo entiende, cómo cree que debe entenderse, la etapa del exilio de los que llama, con Marx, los arrojados a la «*schlaflose Nacht des Exils*»,<sup>4</sup> a la noche sin sueño del exilio, los españoles expulsados desde hacía casi una década. Cuando un anónimo lector de la revista –Semprún sabía que se trataba de Rafael Alberti– planteó dudas sobre el modo de vivir el exilio de los jóvenes españoles, sobre su acomodación al exilio, Semprún, en el escrito de respuesta que publica por indicación del consejo de redacción de la revista, invita a cada exiliado a vivir su propio exilio «Con ardiente proximidad», –tal era el título del artículo– a España, en posición de activa resistencia y lucha por un porvenir que es inexistente mientras no exista España para el exiliado. Para ello el exiliado tiene que mantenerse vinculado a la tierra que le acoge, sin perder «los factores constantes de la cultura» propia y desde ahí perseverar en «la decisión de hacer lo que esté en nuestro poder para matar el destierro, para desterrarlos de él y recobrar la vida nueva, próxima, de nuestra patria reconquistada». Una patria que el exiliado Semprún no idealiza, que conoce en toda su complejidad, «una España con falangistas y Guardia Civil que suscita odio, y otra amada

porque no se rinde y mira con esperanza hacia el futuro». El recuerdo del pasado no debe frenar la lucha política del exiliado. Por el contrario, esta circunstancia involuntaria debe hacer a los exiliados más conscientes de lo que son desde esos momentos: «Hemos recobrado en el destierro la dimensión universal de lo hispánico, porque es nuestro patriotismo uno de los caminos hacia lo universal».

Dos coordenadas inseparables definen la idea del exilio que defiende Semprún, la presencia irrenunciable de España pese a la expatriación y, al mismo tiempo, la inmersión en otras culturas, otros mundos, que al universalizar lo español llenan y dan sentido a la ausencia de España. Presencia y ausencia simultáneas pueden enriquecer, pese a los desgarros inevitables, la suerte de los exiliados, como hizo Semprún con su inmersión temprana y plena en la cultura francesa. La vida del exiliado Semprún se traza a partir de estas dos realidades, integración cultural en Francia, afrancesamiento voluntario por un lado, junto al compromiso con España, la lucha política contra la tiranía española, partera del exilio y opresora de los españoles cuyo destino comparten solidariamente los exiliados. Los enemigos de la dictadura comparten un destino común a uno y otro lado de la frontera.<sup>5</sup>

### El «retorno» clandestino

Semprún «retorna» por primera vez a España en 1953, enviado por el Partido Comunista de España, PCE, del que es miembro desde 1942. Se trata de un retorno clandestino, ilegal. Su misión es agitar, movilizar el sector de la cultura, estudiantes universitarios, escritores, periodistas y cineastas, para organizarlos como movimiento activo de oposición a la dictadura. Residiendo en España largas temporadas durante diez años, oculto bajo nombres y máscaras diferentes –pero nunca detectado ni identificado plenamente por la policía política franquista–, Semprún consiguió extender la influencia comunista en el sector intelectual y dar solidez, en contacto

y colaboración con otras fuerzas políticas que se iban desarrollando, a una cultura política de oposición a la dictadura, basada en la defensa de los derechos y libertades que aquella negaba sistemáticamente, con perfiles y valores políticos que se asemejaban, se irían asemejando, cada vez más, a los imperantes en la Europa Occidental.<sup>6</sup> La *Declaración de Reconciliación Nacional* que hizo pública el PCE en 1956 bien puede considerarse, desde este ángulo, como el punto de ruptura con la lucha política del pasado y de asentamiento de los objetivos de liberación de España de la tiranía sobre bases nuevas, sobre la superación de las consecuencias de la Guerra Civil y de la división y el enfrentamiento de los españoles resultados de aquella.<sup>7</sup> Las luchas antifranquistas que, entre otros, promovían Semprún y el PCE, en las que intervenían codo con codo los hijos de los vencedores y los vencidos, como rezaba uno de sus manifiestos, fueron la condición necesaria de todo el proceso reconciliador puesto en marcha, el cual, en etapas sucesivas, con acuerdos y pactos entre diferentes fuerzas políticas –a veces con exclusión del PCE– acabaría por conformar un proyecto de programa democrático para la España posterior a la dictadura.<sup>8</sup>

Por los mismos años, mitad de la década de los 50, el mundo comunista se está viendo agitado por diversas sacudidas internas. El postestalinismo quiere ser no solo la denuncia de los métodos criminales del segundo dirigente de la URSS, sino un intento de puesta al día de la doctrina y de la política comunistas que se traduce en ciertas medidas de liberalización interna –regreso del *Gulag*, rehabilitación de condenados, apertura cultural, rudimentos de una sociedad de consumo– y de distensión internacional.<sup>9</sup> Todo ello, claro está, decidido y sostenido como aplicación de los principios fundamentales del leninismo y con el mantenimiento del *statu quo* internacional alcanzado en 1945.

Esta parcial línea de apertura afectó al pequeño partido comunista español y dio lugar por esos años a una renovación en sus cuadros dirigentes. Del equipo dirigente que toma las rien-

das, y que llegaría en buena parte hasta la Transición a la democracia, es la apuesta de lucha contra la dictadura y a favor de las libertades y los derechos políticos por medios pacíficos exclusivamente, procurando aunar sus fuerzas con las que resurgían de su pasado en el exilio o se creaban *ex novo* en el interior.

De entre todos estos medios destacó uno, la huelga nacional pacífica o política, «la dichosa *hache ene pe*» según ironizaba Semprún años después, con que el PCE, prácticamente en solitario o acompañado por minúsculas fuerzas políticas, desafió al régimen franquista.<sup>10</sup> Fue un pronunciamiento reiterado que acabó en fracaso manifiesto. La percepción del fiasco indiscutible, negado por una dirección del partido comunista –Santiago Carrillo y su equipo, sobre todo–, con la intuición primero y certeza después, de que esta respuesta ausente se debía, no solo a la represión franquista, siempre implacable, sino a que las masas españolas, esas que con tanto énfasis convocaba el PCE, fueran obreros, estudiantes, profesionales, no solo no seguían a ese partido sino que ni siquiera les era comprensible el lenguaje estereotipado de este partido, fruto de su alejamiento en un exilio tan prolongado, y de su renuncia voluntaria a entender las transformaciones reales que se estaban produciendo en España a pesar de la dictadura, alimentaron las primeras objeciones serias a la estrategia comunista seguida hasta esos momentos y abrieron fisuras por primera vez en la dirección del partido.<sup>11</sup>

Al mismo tiempo se iba constatando cómo en la Unión Soviética y en los países socialistas de la Europa Oriental, en los estados como en los partidos, en manos de nomenklaturas cerradas, persistían los métodos estalinistas y la promesa de porvenir radiante de la sociedad comunista no era sino una proclamación propagandística, de réplica imposible entre los ciudadanos, porque tras ella se ocultaba la realidad de unas dictaduras férreas y opresoras de sus pueblos, alguna vez alzados en su contra.

Ambos fenómenos en paralelo se hicieron presentes en la dirección comunista española radicada en París. El debate y la confrontación entre las posiciones enfrentadas finalizó, como era norma en los partidos comunistas, con la expulsión del partido de los dos defensores de posiciones discrepantes, Fernando Claudín y Jorge Semprún en el año 1965,<sup>12</sup> lo que no sería óbice, como también era norma en las cerradas organizaciones comunistas, para que la dirección que siguió al frente del partido, encabezada por su secretario general, Santiago Carrillo, se apropiara de la política de los expulsados y, en los años sucesivos, la fuera desarrollando de una forma más bien pragmática, capituladora ante la realidad más que realista, según Semprún, evidentemente sin el menor reconocimiento hacia quienes fueron sus primeros defensores, los denuciados reformistas de derecha.

#### El retorno en la Transición. Crítica y autocrítica del comunismo

La expulsión de las filas comunistas no significó para Semprún el fin del exilio. Por el contrario, continuó sobre él la vigilancia y la persecución por parte de la policía política española. Pudo volver a España legalmente, por primera vez, el año 1967, por una breve estancia, en tránsito hacia Cuba, y por su cuenta y riesgo, como le advirtieron las autoridades consulares en París. En el exilio siguió por muchos años, hasta el final de la dictadura, la obra de Semprún que, por estas circunstancias, se produciría fundamentalmente en lengua francesa. Había publicado su primer libro, *Le grand voyage*, en 1963 –*El largo viaje*, en su traducción española–, comenzado en la clandestinidad madrileña. Le seguirían un buen número de artículos y un guión cinematográfico, centrados en buena medida en España.<sup>13</sup> Continuó su compromiso con España desde el exilio y en cooperación con grupos de exiliados. Semprún participó en la creación de la revista *Cuadernos de Ruedo Ibérico* en la que ocupó por unos años la secretaría de redacción y donde

publicó algunos de sus artículos críticos sobre las actividades de la oposición antifranquista, singularmente la comunista y su instrumento de lucha totémico, la HNP, sin desvelar, claro está, su anterior militancia clandestina en España, bien resguardada bajo el alias oficial de Federico Sánchez que muy pocos entonces reputaban como nombre de guerra de Jorge Semprún.<sup>14</sup>

La aproximación legal de Semprún a España se va fraguando desde nuevas perspectivas. El antiguo militante comunista comienza a moverse en torno a las diferentes tendencias políticas de izquierdas, entre ellas la socialdemocracia, un camino que ya habían recorrido antiguos militantes comunistas destacados, intelectuales concretamente, en Europa y en España, como uno de sus primeros camaradas de la clandestinidad, Enrique Múgica.<sup>15</sup> El conocimiento en 1974 del compañero *Isidoro*, es decir Felipe González, fue un paso significativo en esta orientación, aunque Semprún tardaría años en decidirse por una colaboración plena con el socialismo. Semprún descubrió entonces al hombre adecuado, en su opinión, para dirigir los destinos de una próxima España democrática, una suerte de hombre nuevo, sin las rémoras políticas del pasado que a su juicio tanto lastraban a muchos políticos, singularmente los exiliados, el político en suma que necesitaba la nueva etapa de la historia de España que se avecinaba, capaz de poner fin a la inestabilidad y a los enfrentamientos del pasado y con la posibilidad de hacer viable e irreversible la reconciliación nacional desde las posiciones de una izquierda democrática.

Por esos años, mediada la década de los 70, Semprún se mueve en un espacio de indefinición política, con convicciones ideológicas firmes pero sin llegar a inclinarse por unas formas políticas precisas, menos aún por organizaciones o partidos concretos. Con presencia frecuente en la España posfranquista, Semprún participa en los procesos electorales abiertos desde 1976 y actúa como comentarista y crítico para diversos medios españoles y franceses. En sus frecuentes viajes a España, mantiene contactos con repre-

sentantes de las corrientes políticas y culturales de la izquierda, como si aspirara aglutinar una corriente de pensamiento político que influyera tanto en el partido socialista como en el comunista, con cuyos idearios respectivos sigue sin sentirse plenamente identificado. Se considera fundamentalmente un intelectual marxista que carece de una plataforma concreta, política o profesional para llevar a cabo y difundir la orientación política que como intelectual entiende debe desarrollarse en España desde la izquierda. Seguía confiando en que el objetivo al que debían apuntar las políticas de la izquierda sería la modificación a fondo de la situación política y social del momento, es decir el socialismo, dando por sentado que «aunque no exista en parte alguna modelos de socialismo, aunque no exista socialismo todavía en ningún país, no es posible contemplar la crisis de las sociedades occidentales sin ofrecer a las masas populares un proyecto de transformación radical de aquellas».<sup>16</sup> Con estos planteamientos, estaba claro, no podía implicarse a fondo entonces en ninguna de las dos fuerzas políticas más representativas de la izquierda, ni en el PSOE ni en el PCE.

La apuesta por una vía al socialismo, con medidas de transformación social y política, había sido descartada desde hacía muchos años por la socialdemocracia. Lo que ahora llamaba la atención de Semprún era que esa misma renuncia fuera auspiciada por los partidos comunistas occidentales que se presentaban con un programa «aggiornato», el eurocomunismo, en el que daban por excluida «toda tentativa de cambio a largo plazo de la hegemonía social y política existente», con lo que venían a certificar definitivamente que la «revolución no es asunto suyo».<sup>17</sup> Semprún no tenía inconveniente en reconocer una cierta coincidencia con la política que está llevando a cabo el PCE, su secretario general Santiago Carrillo, para una transición hacia un sistema de democracia pluralista, si bien consideraba que esto se hacía «mal, con poca imaginación, con demasiados virajes tácticos...».<sup>18</sup> A fin de cuentas, lo que Semprún re-

chaza en el eurocomunismo es su escaso vuelo teórico, su pragmatismo, rayano en el oportunismo, la defensa, en suma, de un ideario que apenas se distingue de la socialdemocracia. ¿Qué atractivo puede ofrecer al electorado español en esos momentos?

A ello habría de añadirse dos aspectos procedentes del pasado que siguen lastrando la política comunista y contribuyendo a que no resulte creíble en la nueva circunstancia política posfranquista. El PCE tendrá que afrontarlos si aspira a convertirse en una de las fuerzas políticas protagonistas en la transición a la democracia, como lo había sido en la lucha contra la dictadura. Tendrá que proceder, en primer lugar, a una renovación radical de su equipo dirigente, en buena medida integrado por viejos militantes, procedentes del largo exilio, de dudosa altura política, una suerte de vieja guardia fiel al secretario general que les elevó a la dirección y les mantiene en ella sin el ejercicio de un mínimo escrutinio democrático interno. Toda una renovación organizativa que se concretaría, de cara al pasado, en una revisión a fondo de la historia del PCE y, de cara al futuro, en el objetivo de acabar con la práctica del centralismo democrático. En segundo lugar, el comunismo español debería llegar a una verdadera ruptura con la Unión Soviética y con la política del bloque oriental, tanto con la opresión burocrática interna que ejercen los respectivos gobiernos sobre sus sociedades como con la política exterior imperialista que siguen ejerciendo los actuales dirigentes de la URSS, los «enterradores de la revolución», si es que el PCE quiere que su alineamiento con los valores de la libertad, la democracia y el pluralismo sean tomados en serio por la sociedad española.<sup>19</sup>

### *Crítica y autocrítica del pasado comunista*

Semprún había comenzado en la década de los sesenta el repaso en la ficción de algún aspecto de su pasado comunista. Fueron dos obras escritas en francés. Carecieron por ello

de repercusión en España. En la primera de ellas, una corta novela de título *El desvanecimiento*,<sup>20</sup> recordaba la actividad clandestina en Madrid como una etapa luminosa, en contraste con el recuerdo lacerante del campo de concentración que amenazaba y ponía cerco a la voluntad de seguir viviendo. Por su parte, en la tercera novela, *La segunda muerte de Ramón Mercader*,<sup>21</sup> mostraba la palidez mortecina de ciertos servicios soviéticos en los que nada quedaba ya del élan revolucionario de 1917.

La verdadera irrupción de Semprún en el espacio público español, más allá de los círculos políticos en los que actuaba, se produjo con la aparición en el otoño de 1977 de la *Autobiografía de Federico Sánchez*, una novela *sui generis*, escrita en español, ganadora del más importante —más cotizado, al menos— de los premios literarios españoles, con la que se enciende por unos meses, y a partir de entonces de una forma ya ineludible, el debate público sobre el PCE, sobre el pasado del partido que en esos momentos era una de las fuerzas imprescindibles para la transición democrática.<sup>22</sup> Había esperado a que el partido comunista se convirtiera en un partido legal —lo que se produce en abril de ese año— para decidirse a presentar este relato personal, más bien un alegato contra la política comunista, contra muchos aspectos de ese pasado de lucha en que el autor había tomado parte activa, los cuales, a partir de ahora, en fase de libertad política, consideraba que era tan posible como necesario someter a crítica y debate abierto. Para el gran público fue la aparición en escena de un desconocido, alguien lejano en todo caso, exiliado en Francia y exdeportado, que se presentaba como un destacado dirigente clandestino del PCE en la lucha antifranquista que reclamaba para sí un derecho a estar presente en la plaza pública con voz propia en virtud de un pasado que hasta ahora le venía siendo hurtado. Sólo una vez había sido establecida públicamente la identidad de Jorge Semprún y Federico Sánchez. Había sido desvelada por Santiago Carrillo en 1974, con intenciones no precisamente lauda-

torias, sin que fuera estrictamente necesario, para dar su versión si posibilidad de réplica y justificar la expulsión del partido del año 1965.<sup>23</sup> Semprún tomó nota y aguardó el momento de hacer oír su voz.

El terreno para una revisión crítica del pasado estaba ya preparado. Era el momento de enfrentarse sin coartadas ni dilaciones a la historia de ese partido que comparecía ante los electores españoles como el campeón de la lucha antifranquista. Semprún quería exponer, reivindicar incluso, su contribución, bajo el alias de Federico Sánchez, a esa misma lucha, sin escamotear en ningún momento su participación solidaria en toda la política comunista, en las luces y en las sombras de sus ritos y credos, aciertos y desaciertos, hasta el surgimiento de las discrepancias que se sustanciaron con la expulsión del partido.

Lo que se propone Semprún es un ejercicio de la memoria autónoma, crítica y autocrítica por cuanto que el autor ha defendido en el pasado la política objeto de crítica en este libro, pero ajena a la oficial escrita por el partido comunista, memoria que impone su verdad, su visión única incontrovertible. Lo que de este proceder comunista ha resultado generalmente es una historia que, además de ser falsa o falsificadora, se caracteriza por ignorar al disidente, al crítico, expulsado definitivamente, no solo del partido, sino de su historia, borrado para siempre como si no hubiera existido. Tal era, según Semprún, el uso político de la memoria por parte del PCE. Hubiera seguido siendo así de no estallar Semprún y rescatar a Sánchez de las catacumbas.<sup>24</sup>

Con este alegato de denuncia de algunas de las prácticas tergiversadoras del PCE en el pasado reciente, en el que se expresa por primera vez la crítica y el rechazo de los partidos de la tradición leninista, los que se integraron en la III Internacional, Semprún inaugura de hecho en España un debate ya presente en otras latitudes, sobre la teoría y la práctica comunistas,



sobre la historia del comunismo, desprovista de los mitos y narraciones heroicas de las historias oficiales, presididas siempre por el pleno acierto en la toma de decisiones de sus dirigentes y el nulo ejercicio autocrítico cuando no se cumplían sus previsiones. Era un debate necesario al que el PCE no podría sustraerse por mucho tiempo más, a diferencia de lo que hizo en el pasado con el cierre en falso, disciplinar, de sus diferentes crisis internas. Pronto la confrontación estallaría en las propias filas del partido, hasta el punto de quedar reducido en pocos años a la irrelevancia política.

Como escrito de reflexión autobiográfica presentó la visión subjetiva del autor en forma vehemente, de tono desmesurado a veces, pero certero en el análisis retrospectivo del pasado comunista desconocido hasta entonces. Sin duda era un trabajo incompleto, voluntariamente incompleto, que no dejaba de lado hechos sustanciales concernientes al autor. Se criticó acertadamente algunos olvidos, como el plan de infiltración en la ASU, la joven organización socialista universitaria, dirigido por Federico Sánchez, operación descubierta por los afectados que dio lugar, entre otras consecuencias más serias, a la toma de una fotografía secreta del agente comunista, con fines de amenaza o chantaje. Afortunadamente el juego peligroso no llegó a más. Semprún recuperaría la foto y la incluiría en la portada de su libro. La promesa de una nueva edición de la *Autobiografía...*, con inclusión de noticias sobre este episodio de infiltración, no tuvo cumplimiento.

La reacción del PCE ante la autobiografía de Sánchez no pudo ser más característica. La intempestiva acometida sempruniana puso en evidencia una vez más su *modus operandi* habitual, primero el silencio y después, cuando la marea desbordó todos los diques de contención, la condena descalificadora, pero no el debate o la confrontación de ideas, como ahora tenía oportunidad de hacer. La megalomanía de Carrillo llegó a hablar de una campaña mundial contra el PCE, desde Washington a Moscú. Algunos pocos

militantes se atrevieron a exponer públicamente el rechazo prácticamente pleno del libro de Semprún, aunque también en esto habría grados y matices. El cierre de filas, el «no nos moverán» de Carrillo, marcó definitivamente el tono de la polémica. Fue, una vez más, una oportunidad perdida. Y también una confirmación *a posteriori* de las tesis sostenidas por Semprún en su libro, a saber, con los partidos comunistas de corte leninista, incluso si declaran públicamente haber renunciado a esta orientación, es imposible la acción política democrática. Son irreformables.<sup>25</sup>

Esta constatación se fue desarrollando a lo largo de los años siguientes. Semprún continúa el proceso de definición ideológica que mira no solo al pasado sino a la situación del universo comunista en cuya tradición ha crecido políticamente. No puede dejar de reconocer la profunda crisis que atraviesa y la incapacidad de sus dirigentes para hacerla frente. Semprún sostiene que hay que apoyar la disidencia en la URSS y en las sociedades socialistas de Europa Oriental. Por primera vez se plantea la realidad de los campos de concentración soviéticos surgidos desde la primera hora como necesidad imperiosa del sistema de dominación impuesto por los bolcheviques desde la toma del poder, lo que viene a revelar, a su juicio, una identidad totalitaria del nazismo y el comunismo, ambos enemigos declarados de la democracia. La toma del poder en nombre del proletariado sirvió para instaurar formas de opresión más aterradoras que las conocidas en el pasado.<sup>26</sup>

Años antes, pues, del eclipse total del comunismo, la obra de Semprún se había encarado ya con el sistema comunista. «Seguir siendo de izquierdas», escribía en 1981, significa rechazar por completo el sistema opresor vigente en la URSS y reconocer, entre otras cosas, que «la victoria bolchevique ha sido un desastre para la clase obrera mundial», pues pese a que propagó por el mundo entero «el más formidable movimiento social, la más vertiginosa «ilusión lírica» de la historia moderna», eso no ha impedido haber dado como resultado, «una sociedad

de opresión burocrática... y reducir a la clase obrera a un papel exclusivo de productora de plusvalía...».<sup>27</sup>

La apuesta de Semprún por la vía reformista, desarrollada a través de la democracia parlamentaria, y aún si tuviera que hacerse bajo la forma de la monarquía constitucional, él que se sentía y era ante todo republicano, fue la orientación estratégica adoptada desde mediados de los años 80. No dejaría de reflexionar y profundizar en ella hasta el fin de sus días. Fue una vía teórica y prácticamente desarrollada, como corresponde a un intelectual comprometido. El acercamiento definitivo se produjo en 1986. En un escrito de ese año, diez años después de comenzada la Transición y ante una nueva victoria electoral del Partido Socialista, Semprún considera que la democracia se ha asentado definitivamente en España, «la democracia sin más», como afirma Felipe González y acepta Semprún en la conversación que mantienen y este hace pública.<sup>28</sup> Esa será igualmente la demarcación política de Semprún. En una nueva ficción descarta la acción revolucionaria. La vía reformista en el marco del Estado democrático de Derecho será el horizonte máximo de toda acción política eficaz y realista.

Para estos años Semprún había renunciado una vez más a instalarse definitivamente en España. Ninguno de los proyectos públicos —creación de una revista— ni privados, la inversión del millonario premio Planeta en una casa en Cataluña, se hicieron realidad por causas diversas. Una vez más, el retorno definitivo no había tenido lugar. La actividad literaria y cinematográfica de Semprún en estos años experimentó un extraordinario impulso. Fue uno de sus periodos más creativos.

Y de pronto, contra todo pronóstico y previsión, se produjo la llamada para formar parte del nuevo gobierno socialista. Es el último de los retornos de Semprún, el más largo y continuado. Sin embargo, tampoco será definitivo.

## En el Ministerio de Cultura

La reflexión política e histórica de Jorge Semprún le llevaba a la democracia, «un descubrimiento —tardío, es cierto, pero definitivo— de la razón democrática...».<sup>29</sup> Democracia sin adjetivos, ni formal ni burguesa, definida como el sistema de crisis permanente, en reforma constante, con el conflicto y la contradicción internos que hay que saber afrontar y gestionar en cada momento, sin tratar de suprimirlos, menos aún de superarlos. El reformismo inherente al sistema democrático lleva a Semprún a sumarse, bien que sin carnet de militante, a los esfuerzos de la tradición socialdemócrata europea, que, según escribe, en el debate de 1920 «ha tenido razón».<sup>30</sup>

Así fue como entró a formar parte del tercer gobierno socialista de Felipe González. Fue la ocasión de integrar en un equipo de gobierno reformista, representante de la nueva España democrática, a un político procedente del exilio, a un antiguo comunista —como también lo había sido el ministro de Justicia de ese mismo gobierno, Enrique Múgica—, a un perseguido Federico Sánchez que, a partir de ahora, tendría que recibir los honores de ordenanza de la Guardia Civil. Toda una realidad repleta de símbolos que Semprún trató de recibir como síntoma de normalidad democrática.

El ministerio de Cultura de Semprún, entre 1988 y 1991, se caracterizó por el intento de dar un nuevo dinamismo al sector de la cultura, a semejanza del que promovían los ministros del ramo franceses. Una de sus decisiones, de consecuencias más duraderas para el patrimonio cultural español, sería el acuerdo para la instalación en España de la colección de arte Thyssen-Bornemisza. Pero Semprún, pese a detentar una cartera ministerial de menor relieve, dejó clara desde el principio su vocación política, su voluntad de intervenir en asuntos de política general más allá de su campo ministerial específico. Su propósito declarado y cumplido fue favorecer por todos los medios la convivencia en una Es-



paña diversa y culturalmente plural. Exponente de ello fue el inmediato propósito, a la muerte de Salvador Dalí, de compartir con el gobierno y la sociedad catalana el legado que el artista, provocadoramente, había destinado al gobierno español exclusivamente. Con ello el ministro de Cultura se ganó, no sin dificultades y suspicacias al principio, la simpatía de la Generalitat de Catalunya —«el mejor ministro de Cultura español», proclamó Jordi Pujol en la entrega del premio institucional catalán Blanquerna el año 2003. Fue una decisión de alcance político destacado que no le privó de reproches, empezando por el del vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, que en una reacción de escasa finura política preguntó a Semprún: «Y qué, ¿nos bajamos los pantalones ante los catalanes?». Sabido es, y Semprún lo ha relatado en el libro en que reflexiona sobre estos años ministeriales, que las relaciones con Guerra fueron siempre frías y distantes, no exentas de críticas y puyas mutuas.<sup>31</sup> Y si es cierto que Semprún hace una crítica política y humana destructiva del hombre que en aquellos años detentaba la vicepresidencia del Gobierno y la vicesecretaría del Partido socialista, no lo es menos que éste tampoco se priva de denostar a su antagonista, en su caso más bien por la vía del silencio y del empequeñecimiento forzado de su figura. En un sucinto comentario, con visos de fría objetividad, refiere cómo se apagaron las grandes esperanzas que había depositadas en un intelectual como Semprún a su paso por el gobierno. A continuación, sentencia con displicencia: «pronto defraudó».<sup>32</sup>

Después de seis años en el poder empezaban tiempos convulsos en el socialismo español. Se desataron en primer lugar los enfrentamientos entre el PSOE y el gobierno por un lado y el llamado sindicato hermano socialista, la UGT, por otro. Culminaron en la huelga general del 14 de diciembre de 1988. La respuesta, con las reservas que se quiera presentar a su mayor o menos espontaneidad, fue masiva, realmente general, como no lo había sido ninguna de las convocadas durante y contra el franquismo. «Yo

viví aquello, declara Semprún, de forma un poco surrealista. Estaba imaginariamente con los organizadores en la medida en que estaba con la tradición de la gran huelga, pero al mismo tiempo estaba enfurecido, porque pensaba: «Esto no es». El éxito fue, de todos modos, mayor de lo que pensaba. No creía que el componente imaginario del pasado tuviera tanta fuerza».<sup>33</sup> Pero era igualmente cierto, como apunta Semprún en la misma entrevista, que los vencedores de la huelga carecían de objetivos precisos, más allá del bofetón de rechazo propinado en el rostro de los gobernantes socialistas por su política económica. Porque los huelguistas carecían de otra política. «Iba a ser más fácil, concluye Semprún, para nosotros gestionar esa derrota que para ellos gestionar su victoria, si sabíamos sacar consecuencias. Supimos hacerlo en parte, no en todo».<sup>34</sup>

No se sacaron, pues, las consecuencias del todo. Los problemas surgieron en el seno del socialismo, entre el gobierno y el partido, entre la Moncloa, sede del gobierno, y Ferraz, sede del PSOE, como se decía coloquialmente. Ello llevaba implícito el alejamiento paulatino entre el jefe de gobierno, Felipe González, y el vicepresidente, Alfonso Guerra que ejercía de hecho de verdadero administrador máximo del partido, de acuerdo con una implícita división del trabajo que funcionó durante años, según la cual Felipe González dirigía el gobierno y el partido era dirigido por Guerra. La *entente cordiale* comenzó a resquebrajarse, no tanto por enfrentamientos entre ambos dirigentes, cuanto por quienes se alineaban con uno y otro y las consiguientes decisiones políticas defendidas. Semprún, obviamente, se identificaba con el «proyecto con vocación europea y de modernidad defendido por Felipe González». Para hacerse entender, habló de la coexistencia de «dos almas» en el socialismo español, a veces cooperativas, a veces, como empezaba a ser visible en esos años, enfrentadas: una, la llamada guerrista, que Semprún calificaba como «oportunista de izquierdas», dotada de rasgos populistas y demagógicos con los que, sin

una línea política clara, tiende a situarse siempre a la izquierda, y otra, la de los seguidores de la socialdemocracia moderna, «que hoy han optado por ajustarse a la realidad de la economía de mercado».<sup>35</sup> Semprún lamenta que el partido socialista esté en manos de un «aparato» burocrático que no solo controla la organización de forma férrea, sino que pretende extender ese control ideológico al gobierno. Cuando esos aparatos, a modo de vanguardias revolucionarias profesionales, tratan de imponerse desde fuera a la clase obrera y a la sociedad, se hace necesaria su denuncia, el combate contra ellos. Los aparatos son necesarios, «no hay gran partido sin aparato, ni democracia sin partidos, pero los aparatos tienen sus rutinas, sus culturas, y hay que estar siempre haciendo la revolución contra los aparatos».<sup>36</sup> «Lo grave, añadía Semprún, era que la orientación socialdemócrata moderna quedara circunscrita a la práctica del Gobierno, excluida de la cultura del PSOE por el discurso arcaico y el runruneo tezanesco del aparato». Y el ministro de Economía y Hacienda del mismo gobierno, Carlos Solchaga, lo confirmó con rotundidad: durante el año 1990 en el Consejo de Ministros no se discutía, se despachan los asuntos administrativos en reuniones que duraban apenas una hora.<sup>37</sup>

Lo que Semprún reclamaba reiteradamente, en las declaraciones a *El País* que a la postre acabaron costándole el cese en el gobierno, era un debate político para definir y renovar un proyecto como el socialista que, seis largos años de gobierno después, empezaba a dar señales de desgaste. Faltó ese debate, siempre pospuesto, en opinión de Semprún porque Felipe González no se atrevió a promoverlo y desarrollarlo hasta sus últimas consecuencias. Se vería con más claridad, a su juicio, en la reacción ante el caso de corrupción que afectaba al vicepresidente del gobierno por la actuación de su hermano Juan Guerra. Lo que exasperó a Semprún fue la reacción tardía e insuficiente, propia del aparato, incapaz de extraer las consecuencias de unos actos indebidos y de tomar, acto seguido, las de-

cisiones correspondientes, al punto de que, en el fragor de la batalla política parlamentaria desencadenada, Felipe González llegó a las puertas del suicidio político al decidir unir solidariamente su suerte a la del acusado y acosado Alfonso Guerra.

Las opiniones políticas críticas de Semprún con conductas y actividades de algunos miembros del gobierno, un simple ministro de Cultura que ni siquiera era militante del PSOE, desataron en su contra una gran reacción emocional, cuyo eco llegó a la Moncloa y movió a actuar al presidente del gobierno. Por medio de una carta manuscrita, el ministro de Cultura es convocado a la Moncloa. Como relató Solchaga y documenta Semprún, de la lectura de la carta de González solo cabía extraer una conclusión, «el Presidente quiere que te vayas».<sup>38</sup>

Decía González en su misiva: «Deseo alentar el debate y mantener un Gobierno capaz de analizar y desarrollar líneas de actuación política sin quebrar la relación interna... Tus declaraciones hacen difícil, en los puntos aludidos, que se mantenga esa cohesión y dan derecho a respuestas que generarían una ruptura definitiva en la marcha del equipo».<sup>39</sup> El cese estaba claro; el presidente se reservaría el cómo y el cuándo de la decisión —empezaba la crisis del Golfo por la invasión irakí de Kuwait—, que se demoró hasta marzo de 1991, en el marco de una amplia remodelación gubernamental, posterior a la salida, inducida o forzada por Felipe González según Semprún, de Alfonso Guerra, en enero de ese mismo año. Refiere Solchaga que González lamentaría tiempo después el envío de la carta a Semprún. Lo más grave no obstante, coinciden Semprún y Solchaga, fue no haber abordado a fondo la crisis ni en el gobierno ni en el partido, en primer lugar con la ocasión fallida del XXXII Congreso del Partido en noviembre de 1990. No se había hecho lo que Semprún dice haberle pedido a su amigo el presidente, que lo seguía siendo ahora en la despedida tanto como antes, cuando se conocieron: «Algún día Felipe González necesitaría de todo su prestigio y de

toda su autoridad para la batalla de la renovación del PSOE. Algún día indeterminado, pero inevitable».<sup>40</sup>

El balance de Semprún de sus escasos tres años en el ministerio se sitúa entre una cierta insatisfacción política —no había aprendido nada esencial sobre el poder ni había podido influir decisivamente en el curso de los acontecimientos— y una cierta confianza en haber dado a la cultura española un carácter más autónomo, desestatalizado, liberada a sus propias fuerzas y más ajena a las burocracias, él que, como dijo Solchaga parafraseando a Lytton Strachey, en cierta forma «era la cultura» europea.<sup>41</sup> Pero había otra cosa importante, situada en otro nivel, que también satisfacía a Semprún: «...haberle puesto el cascabel político a Alfonso Guerra, haber denunciado la cultura arrogante y arcaica de aparato que él encarnaba mejor que nadie... allí quedaba el cascabel, cosido en los oropeles del guerrismo: nadie ya lo descosería».<sup>42</sup>

#### La memoria «roja» de un intelectual europeo

El fin de la etapa ministerial devolvía a Semprún a su trabajo de escritor. Y a Francia, a la lengua francesa en la que se escribirían sus últimos libros, algunos de los más importantes que publicó, como *La escritura o la vida*. Esta vez el retorno definitivo fue rumbo a Francia.

Porque Semprún se convierte durante estos años en un intelectual europeo, activo y militante a favor de la unidad europea, ahora, desde el fin de los regímenes comunistas, una Europa completa, con las antiguas repúblicas socialistas integradas, proyecto que Semprún había empezado a impulsar desde que el gobierno español presidió por primera vez la Comunidad Europea de los 12 en 1989. La única frontera de Europa, repite Semprún, debe ser la democracia.

A lo largo de estos años, las dos últimas décadas de su vida, la obra de Semprún se ha significado por ser un ejercicio cabal de la memoria, personal y colectiva. Semprún ha querido pre-

servar viva, viviente, la memoria roja, republicana, la que empezó a cuajarse desde los campos de reclusión franceses al final de la Guerra Civil, se nutrió de dolor y muerte en los campos nazis y se dispersó por Europa y América en un exilio sin fin. Esa memoria había de tomar forma literaria para integrarse como tal en la tradición histórica de España y convertirse en patrimonio común de la España reconciliada y democrática. La memoria que transmite Semprún en su obra habla de fraternidad y solidaridad de los muchos que sacrificaron su vida por que las circunstancias que hicieron posible el exilio no vuelvan a arraigar entre los españoles.

Recogiendo y preservando para sí estos valores, Semprún quiso reposar definitivamente en Biriattou, primer lugar en tierra francesa apenas traspuesta la frontera, desde el que se puede contemplar, con el Bidasoa divisor de por medio, la tierra española. Era un acto de parada y reflexión que Semprún repetía al regreso de cada una de sus temporadas clandestinas en su país: «En este lugar fronterizo, patria posible de los apátridas, entre los dos ámbitos a los que pertenezco —el español, que es de nacimiento, con toda la perentoriedad, a veces abrumadora, de lo que cae de su propio peso; el francés, que es electivo, con toda la incertidumbre, a veces angustiada, de la pasión—, en la vieja tierra de Euskal Herria. Ese es el lugar que mejor perpetuaría mi ausencia... pediría asimismo que mi cuerpo fuera envuelto en la bandera tricolor —rojo, gualda, morado— de la República... simbolizaría, sencillamente, una fidelidad al exilio y al mortífero dolor de los míos...».<sup>43</sup> Finalmente Semprún reposa en el panteón familiar en un lugar de la campiña francesa envuelto en la bandera republicana. En Biriattou sus amigos le dieron el adiós definitivo una mañana soleada de noviembre de 2011, pocos meses después de su desaparición definitiva. Junto al cementerio, en la explanada que se asoma al valle del Bidasoa, una estela granítica, esculpida por su amigo Eduardo Arroyo, mantiene vivo su recuerdo.

Tan larga y agitada trayectoria vital, ¡faltaría

más!, dista de haber estado marcada en todo momento por el acierto, presidida por eso que se llama a veces enfáticamente coherencia y que no es sino una pretensión imposible de exactitud, corrección y éxito. La vida de Semprún que aquí hemos seguido en unas breves secuencias encadenadas, como si formaran parte de un plan regido por una lógica narrativa histórica implacable, responde, más bien, a la idea de un curso sinuoso, con renunciaciones y desgarros que abocan en ocasiones al vacío más negro y obligan, no sin dolor, a buscar a tientas nuevas vías hacia un porvenir incierto, abierto, en el que sobran, van sobrando, las certidumbres pero perviven las ilusiones. Como decía su personaje Larrea, trasunto de Semprún en el guión de *Las rutas del sur*, «nos hemos equivocado... pero nada ha sido inútil».<sup>44</sup>

Entre las ilusiones que se mantienen contra viento y marea, con una voluntad de preservar la lucidez frente a la ofuscación o el odio, se cuentan los valores de la razón democrática, proyecto siempre en crisis y en fase de reforma permanente, en una lucha continua por derechos iguales para los más.

Convencido de que en su vida no ha habido momentos para la resignación y de que en su trabajo político como en su actividad de escritor ha arriesgado, a veces hasta el límite, Semprún se despedía de este mundo con una recomendación que se situaba en las antípodas de la máxima recogida en la obra de Dante. Con energía, Semprún invitaba a todos: «Nunca abandonéis la esperanza».<sup>45</sup>

Madrid, febrero de 2014

## NOTAS

- <sup>1</sup> Dirección, Abdón Mateos, coordinación, Giulia Quaggio.
- <sup>2</sup> *Boletín Oficial del Ministerio de Estado*, n.º 12 (año 46), Madrid, 31 de diciembre de 1936, p. 1400, acuerdo de 11 de diciembre de 1936, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores; Nieto, Felipe, «Biografía de José María Semprún y Gurrea», *Diccionario Biográfico Español*, Real Academia de la Historia; ID, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014, pp. 23-24.
- <sup>3</sup> Mesquida, Evelyn, *La nueve. Los españoles que liberaron París*, Barcelona, Ediciones B, 2008. Prólogo de Jorge Semprún.
- <sup>4</sup> Semprún, Jorge, *Aquel domingo*, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 99; ID, *Montand, la vida continúa*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 58.
- <sup>5</sup> «Turno a la discrepancia» y «Ardiente proximidad», *Independencia*, n.º 5, febrero-marzo de 1947, pp. 4-6, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias; Nieto, *La aventura...*, pp. 101-104.
- <sup>6</sup> Nieto, *La aventura...*, pp. 195-289.
- <sup>7</sup> Archivo Histórico del Partido Comunista de España, AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 37.
- <sup>8</sup> *Ib.*, *Fuerzas de la Cultura*, caja 123, carpeta 2/2. 4; Nieto, *La aventura...*, pp. 275-276.
- <sup>9</sup> Jruschov, Nikita, *Informe secreto sobre Stalin*, Taller de Sociología ed., Madrid, pp. 7-93; «Resolución del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España sobre el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», *Mundo Obrero*, mayo-junio, 1956.
- <sup>10</sup> Reuniones del Buró Político del PCE, jacqs. 292 y 293, AHPCE, *Documentos PCE*, microfilms, Anexo A.
- <sup>11</sup> Semprún, Jorge, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 78-80; Nieto, *La aventura...*, pp. 363-368 y 419-420.
- <sup>12</sup> AHPCE, «Reunión plenaria del Comité Ejecutivo del PCE», Praga, marzo-abril de 1964; «Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España», *Documentos PCE*, carpeta 45; «Resolución sobre la expulsión de Fernando Claudín y Federico Sánchez», Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España, abril, 1965, *Divergencias*, Anexo A, jacq. 98; Claudín, Fernando, *Los documentos de una divergencia comunista*, El Viejo Topo, Barcelona, 1978; Nieto, *La aventura...*, 455-486.
- <sup>13</sup> Semprún, Jorge, *El largo viaje*, Barcelona, Seix Barral, 1976 (traducción de Jacqueline y Rafael Conte); *La Guerre est finie*. Scenário du film d'Alain Resnais, Paris, Gallimard, 1966.
- <sup>14</sup> Semprún, Jorge, «La oposición política en España: 1956-1966», *Horizonte español 1966. Suplemento de Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 1966 (agosto), pp. 39-55.
- <sup>15</sup> Múgica, Enrique, *Itinerario hacia la libertad*, Barcelona, Plaza-Janés, 1986, pp. 77-78; Gracia, Jordi, ed., *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo. 1935-1975*, Barcelona, Planeta, 2007, p. 421.
- <sup>16</sup> Semprún, Jorge, «El porvenir de la izquierda», *Triunfo*, n.º 752, 25 de junio de 1977, p. 12.
- <sup>17</sup> «Le glas de l'eurocomunisme» (La sentencia de muerte del comunismo), *Le Monde*, 30 avril-2 mai, 1978.
- <sup>18</sup> Martí Gómez, José y Ramoneda, Josep, «Jorge Semprún y la terrible memoria de Federico Sánchez», en *Por favor. Una*

- historia de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 149-152 (la entrevista se realizó en 1977).
- <sup>19</sup> Semprún, Jorge, «Moscú y el PCE», *Triunfo*, n.º 753, 2 de julio de 1977, p. 18.
- <sup>20</sup> Barcelona, Planeta, 1979 (edición original francesa de 1967).
- <sup>21</sup> *La segunda muerte de Ramón Mercader*, Barcelona, Planeta, 1978 (edición original en francés de 1969).
- <sup>22</sup> *Autobiografía de Federico Sánchez*, loc. cit.
- <sup>23</sup> Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne. Entretiens avec Régis Debray et Max Gallo*, Paris, Combats-Seuil, 1974, pp. 118-121. Los entrevistadores preguntan por la expulsión de Claudín y Semprún al secretario general. Inopinadamente, este responde hablando del primero y de Federico Sánchez.
- <sup>24</sup> Véase a título de ejemplo, *Autobiografía...*, pp. 240-244.
- <sup>25</sup> La polémica en torno al premio Planeta y sus secuelas saltó a los principales semanarios y diarios del momento. Chamorro, Eduardo, «El largo viaje de Jorge Semprún», *Cambio 16*, n.º 318, 31 de octubre-6 de noviembre de 1977, pp. 93-94; VV.AA., «Herejes y Heterodoxos. Los bajos fondos del eurocomunismo», *Cambio 16*, n.º 317, 7-8. enero 1978, pp. 10-22; VV.AA., «Todas en el mismo Carrillo. Eurocomunismo: debate al rojo vivo», *Cambio 16*, n.º 319, 16-22 enero 1978, pp. 10-13; Miguel Ramos, «Semprún contra el PCE. Federico Sánchez cabalga de nuevo», *Cambio 16*, n.º 443, 1 de junio de 1980, pp. 49-52; Macía, Mateo, «Dígaselo con 'el libro'», «Carrillo preocupado: «Hay una campaña contra el PCE», «Carlos Zayas-Francisco Bustelo. Federico Sánchez, contra la ASU», *Cuadernos para el diálogo*, n.º 445, 7 de enero de 1978, pp. 17-23; Montero, Rosa, «Entrevista a Jorge Semprún: «No sé realmente quién soy», *El País dominical*, 30 de octubre de 1977, pp. 4-9; un dossier amplio de la polémica en torno a libro quedó recogido en ABELLA, Rafael (ed.), *Semprún-PCE: historia de una polémica*, Barcelona, Planeta, 1978, 137 pp., donde se recogen las intervenciones, en artículos o declaraciones en distintos medios, de Manuel Vázquez Montalbán, Rafael Conte, Mario Vargas Llosa, Carlos Barral, Francesc Vicens, Javier Pradera, Juan Goytisolo, Fernando Claudín, Carlos Semprún, Manuel Azcárate, Javier Tusell, Fernando Soto, Federico Melchor y Santiago Carrillo. Por su parte, Semprún dio réplica al artículo de Azcárate en *El País*, el 8 de enero de 1978.
- <sup>26</sup> Jorge Semprún, *Aquel domingo*, Barcelona, Planeta, 1981 (edición francesa de 1980).
- <sup>27</sup> «Rester de gauche», *Le Débat*, n.º 13, Juin, (1981), 6-14.
- <sup>28</sup> Jorge Semprún, «La democracia sin más» y ««España en Europa», Felipe González (entrevista con Jorge Semprún)», *Sistema*, n.º 76, enero de 1987, pp. 3-33.
- <sup>29</sup> *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1993, pp. 30.
- <sup>30</sup> La mayoría de las reflexiones acerca de este asunto y sus puntos de vista sobre el comunismo, el fascismo y la Europa unida se encuentran en discursos y conferencias recogidos en *Pensar en Europa*, Barcelona, Tusquets, 2006, prólogo de Josep Ramoneda.
- <sup>31</sup> *Ib.*, p. 131.
- <sup>32</sup> Guerra, Alfonso, *Dejando atrás los vientos: memorias 1982-1991*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006, p. 322.
- <sup>33</sup> Ceberio, Jesús, «Semprún, ministro de Cultura «Este gobierno discute poco de política», *El País*, 29 de julio de 1990.
- <sup>34</sup> *Ib.*
- <sup>35</sup> *Ib.*
- <sup>36</sup> *Ib.*
- <sup>37</sup> *Federico Sánchez se despide de ustedes*, p. 272; Intervención de Carlos Solchaga, en el ciclo *Retornos*, segunda «Mesa redonda», diciembre de 2014, Salón de Actos, UNED, canal.uned.es/mmobj/-index/id/16427
- <sup>38</sup> Solchaga, loc. cit.
- <sup>39</sup> *Federico Sánchez se despide de ustedes*, p. 277.
- <sup>40</sup> *Ib.*, p. 306.
- <sup>41</sup> Solchaga, loc. cit.
- <sup>42</sup> *Federico Sánchez se despide de ustedes*, p. 315.
- <sup>43</sup> *Adiós, luz de veranos...*, Barcelona, Tusquets, 1998, pp. 213-214.
- <sup>44</sup> *Las rutas del sur*, Madrid, 1977, p. 47 (guión mecanografiado del film del mismo título, dirigido por Joseph Losey en 1978).
- <sup>45</sup> *Epílogo*, programa emitido por Canal Plus TV, 12 de junio de 2011.

PORTUGAL  
25 abril  
1974

